

CUENTO

Hojas Muertas

OMAR GONZALEZ*

a

Lo despertó el disparo. Estaba soñando con Marilyn cuando el ruido lo hizo ponerse en pie, abrir los ojos y salir a otear la densa atmósfera de la ciénaga. El aire le trajo un olor punzante, ácido: como si toda el agua del mundo se hubiera podrido y los árboles y las piedras empezaran a descomponerse en un marasmo de musgos, humedad y helechos destrozados.

Ahora no estaba solo. Un cazador y un perro lo miraban, mientras sobre la hierba una paloma agonizaba con el cuello deshecho por los perdigonazos. El quiso hablar, huir, gritar, correr hacia las rocas, pero el viejo de la escopeta lo amenazó y le ordenó que se sentara en un tronco. Ulyses comprendió que todo había terminado, que su vida dependía de la voluntad de aquel cuya mirada se le antojaba enemiga, porque tenía los ojos claros y grandes como decir un charco de agua.

El perro, que no cesaba de ladrar, quiso acercárseles y el viejo lo mandó callar con un grito. Después le acarició la cabeza y el animal fue y le alcanzó la paloma dócilmente. El cazador registró el cuerpo del ave, calculó su peso con un movimiento de la mano y la dejó caer en un jahuco donde había otros pájaros muertos. El muchacho vio que del bolso goteaba una sangre espesa y seguramente dulce. *Asesino*, pensó, y se viró de espaldas.

* Poeta y narrador cubano. Licenciado en Literatura. Subdirector del Centro Alejo Carpentier. Premio Casa de las Américas de literatura para niños.

Dos años atrás, Ulyses había tenido una experiencia similar. Estaba en casa de su abuela, cuando la prima Daisy lo llamó a través de la claraboya del sótano y le enseñó los despojos de un gato trucidado. Sintió náuseas y cerró de un golpe la ventana. Pero la prima se encargó de provocarle aún más la repugnancia: "Hoy te lo sirvo en el almuerzo", gritó desde el pasillo. Y a los veinte minutos Ulyses vio entrar la cabeza lanuda y blanquinegra, primero, y después la ensalada de col y tomates rodeando el pernil rojo. El arroz era azul, porque a Daisy le gustaban los colores fuertes. "En técnico-lor", dijo ella, y rió sarcástica.

A la prima le fascinaban también las canciones de Nat King Cole, sobre todo su versión de "Hojas muertas". Tenía la colección completa de sus discos, y tarde a tarde el muchacho se sentía obligado a escuchar aquella voz que salía como un trueno por las bocinas del estéreo. La abuela no, ella ni siquiera sabía que Ulyses permanecía encerrado en el sótano. Era sorda y ciega, y cuando se le ocurría preguntar por él, Daisy le respondía que estaba en Miami estudiando arquitectura. "Tío Luis escribió y dice que está gordo", agregaba indefectiblemente, pero tan bajo que la abuela nunca la escuchaba.

Ahora Ulyses volvía a pensar en su prima. La tenía ante sus ojos, con el pelo y las manos sucias, lustrosas por la manteca y las pomadas. Estaba toda ella, y con ella el gato y la sangre, la sangre y la música, la música y la paloma muerta y en los contornos, la penumbra y las cuatro paredes de la habitación. Y en las paredes, las fotos de Marilyn.

Era el caos, todo giraba en su memoria: el techo se movía, los libros saltaban, las fotos, alineadas en secuencia, trasmutaban el rostro de la joven y Marilyn quería besarlo, y Marilyn reía, lo miraba pícaramente, le mostraba los muslos, la entrada de los senos, se abría el ropón se lo quitaba (qué desnudez, qué pelo el suyo); él la quería, la odiaba; ella guiñaba un ojo, él no podía besarla, él era un niño y ella una mujer. Y su padre de él hablándole de Cuba, las palmeras, Varadero, allá en Long Island durante el encuentro casual que tuvieron después del viaje de ella a Londres. "Este es mi hijo, mi heredero, señorita". Y ella autografiándole el bolsillo de su mejor pulóver. Todo giraba, era el caos: Daisy y el gato, Nat King Cole y su voz, su voz de borracho, la abuela sorda, ciega, y de pronto, desafiantes, la escopeta y el viejo, el perro y sus colmillos,

el cazador y el cazador y el cazador y el arma. . . "Imbécil!, —gritó Ulyses—. Por tu culpa. . ."

El hombre quedó atónito. Siempre creyó que el muchacho era totalmente inofensivo. Dio dos pasos atrás y le apuntó al pecho "Estáte quieto, que soy Valo Cruz y nadie me madruga en este mundo". Ulyses lo miró con odio, como si deseara su muerte, pidiéndole a Dios que lo carbonizara un rayo. Después volvió a sentarse sobre el tronco. "Pendejo, coño", murmuró el cazador.

El perro empezó a ladrar de nuevo. "Tranquilo, Pantera, tranquilo. . .", y el hombre le pasó la mano por el lomo. Un pájaro se movió allá arriba en la copa de un jagüey. El viejo lo buscó hasta que lo tuvo en la mirilla: sonó el disparo y el ave, una lechuza, cayó de bruces contra el agua encharcada y maloliente. "Yo nunca fallo, advertió. Ni en Girón ni en el Escambray. Nunca". El muchacho sintió una vez más aquella su sensación de miedo: le sudaban las manos, calor y frío al mismo tiempo, y sobre todo, deseos, muchos deseos de llorar y de llamar a su padre.

b

Sudo. Papá se fue y nadie sabe de él. Estamos Daisy, la abuela y yo solos. Un amigo llamó a Daisy y le dijo que su tío, que es mi padre, está en Key West camino de Miami. Todos los amigos de papá se han ido, sólo quedan los Grey Santos y los hijos de Benny Salazar. Seguro que se fue. Allá, tan lejos. Pero él conoce, él sabe, él ha vivido en los Estados Unidos. Por eso me llamó el viernes y me dijo: "No vayas más a la escuela, ahora es del Gobierno. El año próximo sigues estudiando en Nueva York". Y yo no he ido, qué va, desde ayer hay dos negros sentados en primera fila. Pancho se llama el más prieto y Jesús María el otro, el de los tenis blancos.

b

Leo. Leer es mi única posibilidad de olvidar. Ella está arriba, oyendo a Nat King Cole, y la abuela mirando hacia la puerta a ver si papá llega. No para verlo, sino para sentirlo en la frente con un beso. Por mucho que me busquen no me encontrarán: mi padre hizo este sótano pensando en la derrota y en la guerra. Aquí tiene la vajilla, los relojes de pared, el escudo familiar, los bisontes dorados que compró en New Jersey, las joyas de la abuela. Aquí están el oro y la plata en su esplendor de sombras, el bronce, los

cubiertos, las copas falsas y las verdaderas, la porcelana, los trajes de montar, los abrigos de piel y los pasadores con diamantes. El oso gris, el pardo, las pinturas y los marcos traídos de Madrid, comprados en Holanda, diseñados en Francia, y como testigo mudo la cabeza de venado con un zafiro en cada ojo. Sólo entra la música: Nat King Cole soñando en las bocinas (el tiempo cruel, hojas muertas que revivirán). Y pensar que papá estuvo aquí durante horas; "enclaustrado y feliz", decía; pesando el oro, urdiendo su victoria. Y ahora lejos, ausente y solitario. Y yo encerrado por este juego inútil. Y la voz de Daisy diciéndome: "No rompas nada, recuerda que soy la dueña de la luz y el agua, que te dejo a oscuras, te seco de sed, te mato de hambre. . . . Loco, Ulyses, estás loco". Diez días y sigo sin ver el sol ni jugar en el jardín, sin escuchar la vida.

a La tensión empezaba a disminuir. Ulyses parecía resignado a aceptar su destino y el cazador bebía lenta y parsimoniosamente un poco de café. "¿Quieres?", invitó al muchacho. "Sí, hace muchos años que no lo pruebo". El perro también descansaba; toda la mañana la había pasado corriendo tras las voces de mando de su amo. Ahora estaba echado sobre un montón de hojas secas y observaba al joven con cierta indiferencia en la mirada. El agua estaba quieta y el sol como si fuera agosto.

"¿Cuál es tu gracia, hijo?", preguntó de improviso el viejo. "Ulyses, señor, Ulyses Valdés Triana". "¿Y cómo llegaste aquí?". "Corriendo, durante el día me acostaba en los potreros y por la noche avanzaba". "Increíble", musitó el cazador. "Sí, nadie me vio. Ella me guiaba", y le mostró una foto de la rubia. Valo Cruz observó que la cartulina, manoseada y sucia como estaba, tenía una mancha de sangre al dorso de la imagen. "Vaya. . .", dijo incrédulo, para después fruncir ligeramente el seño. Mientras tanto, el muchacho volvió a guardar la foto y luego comenzó a lanzarle piedrecitas al pantano. "¿Y tu familia?". "Papá está en Miami, señor, mamá murió el mismo día que yo nací". "Ah", rezongó el viejo y agregó: "Entonces la cosa se complica". "Los negros, señor, ellos tienen la culpa". "¿Eh?, dijo el otro e hizo un gesto que denotaba incompreensión: mira, después le cuentas eso a la policía. Porque lo que soy yo, no entiendo nada". Ulyses sacó la foto de Marilyn y se dispuso a contemplarla. El miedo, no obstante su interés en ocul-

tarlo, lo hizo estremecerse. Valo Cruz pensó que todo era muy raro.

A lo lejos se escuchó el sonido de un motor y el cazador creyó ver que al muchacho lo impacientaba la idea de que alguien más pudiera descubrirlo "No te asustes, le dijo, es la turbina de los Manso". Ulyses continuó hablando de la rubia. Dijo que en su encierro había encontrado las revistas con las fotos y que si no llega a ser por ella, se suicida. "Papá guarda en el sótano las cosas que más quiere. Allá arriba, y señaló hacia la copa del jagüey, tengo cinco *Bohemias* viejas. ¿No las va a ver, señor?". Valo Cruz dijo que no y encañonó al muchacho.

El hambre y el tedio empezaron a agotar al cazador. Desde hacía varias horas no probaba bocado y tuvo la impresión de que el otro también necesitaba comer algo. Por eso, mientras se acordonaba un zapato, dijo con indudable premura: "Lo mejor sería que asáramos un par de palomas". "No, prefiero los peces, respondió Ulyses y le mostró al viejo la vereda que conducía hacia un canal cercano: ahí hay muchos, señor".

El cazador invitó al joven a llegarse al canal. Le dijo que marchara delante porque todavía no estaba seguro de quién era ni qué hacía verdaderamente en la ciénaga. Ulyses estuvo de acuerdo. Cuando lo vio caminar, Valo advirtió que al joven le caía el pelo sobre los hombros y que sus ropas raídas le conferían un aspecto desaliñado y triste. Tendría unos veinte o veintidós años y por encima de todo, padecía una delgadez extrema y un andar pausado, como si flotara en el viento.

Al llegar al brazo de agua, el viejo señaló un arbusto y ordenó: "Siéntate ahí que ahora hace mucho sol". Luego buscó en su alforja y sacó de ella un anzuelo, una cuerda de nylon y una lombriz de goma. El muchacho descansaba la cabeza sobre las rodillas y respiraba acompasadamente. "Esta poceta está llena de tilapias", comentó el cazador mientras miraba al fondo del canal. Ulyses tuvo un leve presentimiento de que podía escapar. Sin embargo, ya Valo Cruz levantaba el primer pez y decía: "A guayaba y pescado se vive en esta ciénaga. Yo la conozco como si fuera mi mujer; la he recorrido más de cien veces". Ulyses sonrió. Ciertamente que no había nadie en los alrededores y que aquel hombre no lo trataba como a un prisionero, pero cómo evadir su astucia y su mirada.

Por sí o por no, decidió ayudarlo a cocinar los peces. La charamusca ardía y las tilapias, blandas y carnosas, empezaban a dorarse sobre el fuego.

a

Cuando Ulyses y Valo Cruz hicieron su entrada en el parque, ya Güines dormía. El viaje había sido largo y el tractorista era joven y estaba ansioso por volver a Voisin. Cada bache era un tormento y cada tormento un suplicio para sus huesos cansados de trajinar en la ciénaga. Sólo en muy pocas ocasiones pudieron hablar. El muchacho se había interesado por los nuevos lugares que se sucedían a su paso. El cazador sólo se limitaba a mencionar sus nombres y a veces agregaba: "También lo hizo la Revolución". Por momentos, Ulyses tuvo la certidumbre de que había estado muerto o simplemente que soñaba. Todo aquello era falso. "El viejo está loco", pensó.

Ahora atravesaban el parque en silencio. El cazador iba delante con la cabeza erguida y la escopeta enfundada. "No quiero que te crean prisionero", le había dicho al joven. "¿Y qué va a ser de mí, señor?". "Nada", si estás mal te curarán enseguida, si no vas a tener que explicar muchas cosas". "Pero yo le di un solo golpe, señor, a lo mejor está viva". "Ojalá", masculló el viejo. Luego, sentencioso, agregó: "A las personas dormidas nunca se les da, hijo".

Mientras caminaba, el muchacho se repetía las últimas palabras del cazador. Daisy muerta y todo sería diferente para él. Unicamente lo consolaba recordar, tratar de reconstruir su salida de la casa, pensar en los abusos de su prima; ella que *me dejó encerrado, me obligó a comer lo que no comía, me hizo sufrir, me hizo llorar...* Una mujer saludó al cazador. "¿Qué hay, Lupe?", respondió él y siguió de largo. Ulyses le preguntó ¿quien era y por qué tenía un brazalete rojo?. "Mi comadre, está hoy de guardia", explicó el otro. Después del almuerzo, allá en la ciénaga, el viejo le había contado que él y su mujer eran cederistas y que por lo mismo no se explicaba cómo pudo ocurrirle un caso así. "¡En pleno Fontanar y nadie te encontró?. Eso es mentira", advirtió entonces.

El Oficial de Guardia tampoco pudo creer lo que escuchaba. "Es-pérense, que voy a buscar al Jefe de Unidad", dijo, y se internó en una oficina contigua. Cuando el teniente Otero supo que allí estaba Valo Cruz acompañado de un extraño, evocó enseguida la

captura de "Caruso". "Se repite la historia". Salió al vestíbulo y abrazó al cazador. El muchacho pensó en su prima Daisy. El viejo recordó el Escambray. El teniente saludó a Ulyses, y éste, como si su vida comenzara una vez más, enfrentó temeroso el interrogatorio.

c

Todo, mujer, todo se lo preguntamos. El, Otero y yo sentados alrededor de una mesa. Imagínate, hubo momentos en que tuvimos que parar y salir a fumarnos un cigarro en el patio. Yo estaba mareado, y lo interesante es que el muchacho nunca respondía igual. A veces decía que su padre era bueno y otras que le pegaba demasiado. A mí siempre me ha parecido que está enfermo. Tiene que estarlo, porque si no cómo voy a explicarte lo que hablaba. Mira, cuando yo le dije: "A ver, enséñame un carné", qué crees que me respondió: sencillamente se echó hacia atrás en la silla y se puso a cantar en otra lengua. Te digo que está mal. Otero lo miraba, ¿no?, tú sabes que él conoce su oficio. Figúrate, que una vez estábamos hablando de los barcos madres ("¿De qué?"), sí chica, de la CIA, y el muchacho, así por gusto, se echó a llorar. No sé, lo único que decía era: "Papá, traigan a papá". Hubo que parar, y a todas estas sin saber nada de su prima; a lo mejor ya estaba muerta. Así estuvimos hasta que llegó de La Habana el mensaje. ¿Y a que tú no sabes lo que decía el mensaje? Fue lo peor, te digo que fue peor la cosa: "Ulyses Valdés Triana no existe, vive en Estados Unidos con su padre. La prima Daisy desapareció". Entonces sí que no pudimos más. Los médicos siguieron.

c

Te digo que es un sueño, vieja. Qué va, tú no tienes idea. Pasas la vida aquí, metida en la cocina. Yo te lo he dicho: Luisa, tienes que salir, vete a La Habana, pásate un mes allá con tu hermano, pero tú no me haces caso. Mira, yo por dejar una semana de cazar, no voy a morirme. A lo mejor hasta te llevan al hospital. Claro, no está igual a como era cuando ingresaron a tu sobrina. Ha cambiado mucho. Te digo que es un sueño. Ahora, cuando sea la próxima visita, vas conmigo. El está en el pabellón de los mejorcitos, de los que pueden curarse todavía. Por eso tienes que ir rápido, va y no lo coges ahí. Está desconocido: lo pelaron, lo afeitaron, le dieron ropa limpia. Si no es porque él me reconoce, yo me quedo esperándolo la tarde entera. Lo malo que todavía sigue pensando en Marilyn.

Hubo que darle otra vez la foto. Otero me dijo que de La Habana habían pedido especialmente que él y yo fuéramos. Tú sabes que a mí no me gustan los hospitales, pero a una cosa así, tan importante, uno no puede negarse; yo soy casi su padre. Me dio un beso y todo ahora cuando me vio, y enseguida me preguntó por ti. El te conoce, en la ciénaga hablamos mucho. El flan, el flan fue lo que más le gustó. Se lo comió enseguida. Ahora me dijo que por qué no le habías mandado otro. El piensa que la cuestión es llevarle comida. En la clínica sí, pero allí en el hospital no, allí uno no conoce a nadie, hay más control. Te revisan en la puerta. Fíjate, me quitaron el cuchillo de monte. Lógico, a mí y a nadie más que a mí se le ocurre llevar un arma blanca a un hospital de enfermos mentales. Bueno, tú sabes, sin ese cuchillo yo no soy Valo Cruz. Aquí en Güines sí me dejan, pero me lo devolvieron a la salida. El portero puso los ojos así cuando le dije que al cuchillo no podía pasarle nada porque si yo no tenía hijos, era, entre otras cosas, porque le había dedicado demasiado tiempo a la cacería y a las armas. Yo sé, yo sé que ahí no se pierde nada, pero nunca está de más decir las cosas como uno las piensa. Qué contento se veía el muchacho, Luisa. La ambulancia que lo trasladó se fue enseguida. Ya todo estaba palabreado. Lo recibió una comisión del hospital. A mí también me dieron la mano. Figúrate, como diez doctores y enfermeras saludándome. Y bonitas, las enfermeras esas son muy bonitas. . . En fin, que lo ingresaron y lo van a curar. Cuando un enfermo quiere que lo curen, todo es más fácil, tú verás.

d

Tú mismo te metiste. Y solito porque yo no te dije que te escondieras allá abajo. Desde que tío se fue, andas con la manía de buscar la combinación para entrar al sótano. Yo te lo advertí: "Ulyses no sigas, la única que sabe cómo se entra al sótano soy yo. Tu padre no quiere que bajen". Pero tú no entiendes, y tanto diste hasta que encontraste la manera de abrir la claraboya. Ahora estás allá abajo y no voy a poder sacarte. Después de todo, a mí me conviene que desaparezcas. El dineral que hay ahí no va a ser tuyo. Jódete. Hace dos días que tío se fue y yo no voy a permitir que se conozca su misterio. Es todo lo que nos queda de los buenos tiempos. Ya no hay canasta parties, ni tertulias, ni viajes de ida y vuelta por el mundo, ni visitas a Palacio, hasta los criados se marchan. Ulyses, lo perdimos todo. Y tú siempre en la bobería, en la perenne desazón, como decía tu padre. Para ti no hay problemas, desde chiquito eres igual. "Marylin, Marilyn"; quedaste prendado

de la rubia; ella y DiMaggio, ella y Miller, y tú en las nubes, imbecil. Sí, me estás llamando, no te oigo pero lo sé. Escúchame, Ulyses, soy yo por el intercomunicador: *No rompas nada. Recuerda que soy la dueña de la luz y el agua, que te dejo a oscuras, te seco de sed, te mato de hambre. . . Loco, Ulyses, estás loco. Abuela, no jodas más, coño, ya voy a darte la comida!*

d

¿Cuántas patas tiene el gato? Una, dos, tres y cuatro. La manzana se pasea de la sala al comedor: no me pinches con cuchillo, pínchame con tenedor. . . Ya te lo había dicho gatito: no sigas maullando en mi ventana. Por eso te reventé contra el almendro. A Ulyses nunca le han gustado los gatos, se lo voy a enseñar. *Hoy te lo sirvo en el almuerzo.* Canta, Nat King, canta que tenemos fiesta. Bien alto, volumen, mucho volumen: *The Falling Leaves.* Jódete, Ulyses. Ya sé que me rompiste el collar. Allá tú, cada vez que me rompas algo, te voy a hacer sufrir. Soy tu dueña, tengo un muerto que vive. Ni los fumigadores te encontraron. Le dieron la vuelta a la casa y no te descubrieron. Sólo yo puedo sacarte. No me pinches con cuchillo, pínchame con tenedor. Siete años encerrados: parecerás una rana.

c

No, todavía no le han dado de alta. Sigue con el problema ese de Marilyn que no se le quita de la cabeza. El médico me estuvo explicando, pero ya sabes que a veces no hay quien los entienda. Lo que yo saqué de la conversación es que padece una manía que le da vueltas y no le sale del cerebro. También fueron muchos los años que pasó encerrado. Nueve ¿te imaginas?. Con nueve años sin ver el sol ni un día, respirando aire falso, cualquiera pierde no digo yo la memoria, hasta la vista; bastante bien está. Ahora anda con espejuelos. Si no fuera por Marilyn y el remedo del King Cole ese, estoy seguro que lo mandaban de vuelta a la casa. Fíjate si va mejorando que hoy me habló de su prima y de la abuela sorda. Cuando yo lo cogí, él no se acordaba de casi nada. No sabía si Daysi estaba viva o muerta. Qué tragedia. Y la cosa es que después de pegarle, la metió en el sótano. Valga que se acordó y pidió que lo llevaran a sacarla. Como encontraron cosas de valor: mucho oro y hasta jugos y sopas enlatadas había. Pero lo que más me preocupa es que no se olvida de la rubia. Hoy me dijo que la encontró. Cuando nos quedamos solos, me llamó aparte y me contó al oído que

en el hospital había una Marilyn de lo más linda. Pobrecito. Dice que la vio, se la quedó mirando y entonces ella le dijo: "¿Qué te pasa?" Y él no pudo hacer otra cosa que sacar la foto y comparar. "Igualita, Valo, igualita", me contó. Y lo mejor no es eso, sino que la muchacha, cuando le respondió a una pregunta, lo llamó de otra manera. "Tú eres Plácido", le dijo como si lo esperara hace mil años. Claro, ella tampoco se llama Marilyn, pero a él le gusta y se siente bien con ella. El día que salgan, los voy a llevar de cacería; entonces, Marilyn será Sonia y Plácido se llamará Ulyses. Tu verás. . .

MARIA CRISTINA LAVIE DE T.
ALVARO POLAS DE LA ESPERILLA

De este creador del mundo se le escucha y oírlo con sentido se
debe hacer del sentido y el otro de su pensamiento se
puede por más de cuatro cosas.

Como bien poner en el pensamiento a través de la línea oral
nada de lo sentido, para encontrar una de las expresiones
más singulares de la lengua cotidiana.

Esta es una obra que a lo largo de ocho lecturas se ha desarrollado por
encuentros que recibidos en los días de los días de la obra
partiendo de la realidad. Realmente, así, se debe
de la obra para encontrar la esencia, el orden, la armonía.

En la obra común, como a través de la contemplación, el aspecto
de la obra, así, se debe tener en cuenta y el orden y el sentido de la
obra.

No hay una representación. Esta es una obra que se ha desarrollado de lo
sentido, el sentido, el sentido de la obra, así, se debe tener en cuenta
de la obra, así, se debe tener en cuenta.

En la obra común, como a través de la contemplación, el aspecto
de la obra, así, se debe tener en cuenta y el orden y el sentido de la
obra.